

TEBETO. Anuario del Archivo Histórico Insular de Fuerteventura
N.º 20, Puerto del Rosario (2012), pp. 395-416, ISSN: 1134-430-X

FUERTEVENTURA Y EL MAR EN
DE FUERTEVENTURA A PARÍS

MARÍA CRUZ GARCÍA HERNANDO

Resumen: la intensa subjetividad que impregna toda la obra de Unamuno también se halla presente en *De Fuerteventura a París. Diario íntimo de confinamiento y destierro vertido en sonetos*. Está motivada tanto por las circunstancias históricas que vivió su autor, como por su necesidad vital de trascenderlas reflejando sus preocupaciones filosóficas y existenciales: la comunión con la Naturaleza, el poder creador de la palabra, la inmortalidad, la vida como continuo obrar, la alternativa realidad-ficción...

Al intentar reflejar la relación entre Unamuno y la Naturaleza en esta obra, advertimos que es el «alma» de la isla la que queda desentrañada y con la que se identifica el alma del poeta; este pedazo de tierra, fundido con el cielo y el mar, esta Naturaleza que le acoge y consuela, simboliza, más allá de toda materialidad, la eternidad de lo concreto, al mismo tiempo que se ofrece como imagen de una desesperanzada España. Fuerteventura y el mar aparecen como el sendero que conduce al autor a su más «sufrida y descarnada» realidad.

Pero la Naturaleza es también el interlocutor que aplaca la necesidad dialógica del autor, que consuela del dolor que le causa la imagen de una España «envilecida por la envidia», y a la que comunica su anhelo de eternidad, su deseo de permanecer, como el mar, aunque todo cambie. Y en este proceso de espiritualización llega a una «comunión mística con ella, de la que he sorbido su alma y su doctrina».

También en la nostalgia, en el recuerdo, el poeta revive el sentimiento de la Naturaleza en un éxtasis que le reconforta y que refleja la profunda huella que el exilio ha dejado en él.

Palabras clave: Unamuno; Fuerteventura; isla; mar; comunión; eternidad.

Abstract: the intense subjectivity which imbues the whole of Unamuno's work can also be found in *De Fuerteventura a París. Diario íntimo de confinamiento y destierro vertido en sonetos* (*From Fuerteventura to París, an intimate diary of confinement and exile expressed in sonnets*). It is motivated both by the historical circumstances experienced by the writer and by his vital need to go beyond them, reflecting his philosophical and existential concerns: The communion with Nature, the creative power of the words, immortality, life as continuous acting, the alternative between reality and fiction...

When trying to reproduce the relationship between Unamuno and Nature in

this work, we realise that it is the «soul» of the island what becomes explained and with which the soul of the poet is identified; this patch of land, merged with the sun and the sea; this Nature, which shelters and comforts him, symbolises, beyond all materiality, the eternity of the concrete things, offering at the same time the image of a hopeless Spain. Fuerteventura and the sea appear as the path which leads the author to his most «endured and crude» reality.

But Nature is also the interlocutor who softens the dialogic need of the author, who soothes the pain caused by the image of a Spain «made evil by jealousy» and to which he communicates his yearning for eternity and his wish to remain, the same as the sea, even though everything changes. In this process of spiritualization he attains a «mystic communion with it (the sea) where I have absorbed its soul and its doctrine».

It is also in the nostalgia, in the remembrance where the poet relives the feeling of Nature in an ecstasy which comforts him and which reflects the deep mark that the exile impressed on him.

Key words: Unamuno; Fuerteventura; island; sea; communion; eternity.

1. INTRODUCCIÓN

Pocos autores como Unamuno son objeto de reflexión de su propia obra; pocas obras son tan subjetivas como las de este escritor; incluso aquellos de sus libros que parecen ser debidos a motivaciones externas o circunstanciales quedan sometidos al fuerte carácter introspectivo de este escritor que da unidad a toda su obra. Esto es lo que ocurre en *De Fuerteventura a París. Diario íntimo de confinamiento y destierro vertido en sonetos*. Al acercarnos a estos poemas, no podemos dejar de lado las circunstancias históricas y personales que los motivan: la implantación en España de la Dictadura de Primo de Rivera (el «Ganso», que es un «tonto» que tiene «llena de vacío la cabeza»), consentida por Alfonso XIII (a quien «con sus sacudidas el serrín / te ha de salir a chorro del bacín»), y su feroz oposición a la misma en su papel de «luchador por la verdad». Pero el significado de esta obra no se queda en lo meramente anecdótico, pues, como señala en el prólogo al *Romancero del destierro*,

«La actualidad política es eternidad histórica y, por lo tanto, poesía. Y nada es más actual que lo circunstancial cuando se le siente en eternidad. Las obras más duraderas —se ha dicho mil veces— son las de circunstancias».

A través de los poemas percibimos la rabia, la indignación, el dolor, la angustia existencial, la nostalgia, el amor..., estados de ánimo y sentimientos que evidencian que Unamuno se siente vivo, agónico, en un mundo en el que las hostilidades que le acechan quedan superadas por la intensidad emocional con que las expresa. Las circunstancias quedan trascendidas por las grandes cuestiones que preocupaban a su autor: la comunión con la Naturaleza, el poder creador de la palabra, el tema de la inmortalidad, la concepción de la vida como continuo obrar, la confusión entre realidad y ficción...

Esta obra, «diario íntimo de la vida íntima de mi destierro», nos muestra, en sonetos, el proceso y el resultado, al mismo tiempo, de la agonía en que vive el autor debido a unas circunstancias históricas superadas por las grandes cuestiones trascendentales. De un modo un tanto impreciso, y al mismo tiempo sugerente, el autor apunta esta doble condición, circunstancial y personal, de la obra, cuando hace referencia a los temas más significativos que vamos a encontrar en estos sonetos:

«Así resulta este mi nuevo rosario de sonetos un diario íntimo de la vida íntima de mi destierro. En ellos se refleja toda la agonía –agonía quiere decir lucha– de mi alma de español y de cristiano. Como todos los feché al hacerlos y conservo el diario de sucesos y exterioridades que ahí llevaba, puedo fijar el momento de historia en que me brotó cada uno de ellos. Otros son hijos de la experiencia religiosa –alguien dirá mística– y algunos del descubrimiento que hice ahí, en Fuerteventura, donde descubrí la mar. Y eso que nací y me crié cerca de ella».

En la obra no hay una distribución clara y coherente de los poemas desde el punto de vista temático, lo que parece incidir en que nos encontramos ante una obra de estructura un tanto caótica. No obstante, sí que se advierte en ella una «relativa evolución psicológica» que permite señalar los temas apuntados más arriba. El tono combativo, airado, sarcástico del autor, derivado de las circunstancias personales que está viviendo, se refleja a lo largo de toda la obra, pero, fundamentalmente, al principio de la misma. A medida que vamos avanzando, ese tono se va remansando, se van acentuando los sonetos en los que la nostalgia y el dolor por Fuerteventura y España, a las que añora y ama en la distancia, se hace más evidente, al mismo tiempo que advertimos de modo más intenso las grandes inquietudes existenciales del autor que confieren a la

obra un carácter más existencial. Parece como si a medida que avanzáramos, Unamuno quisiera que comprendiéramos que detrás de los hechos históricos se esconde lo eterno, lo inmutable, lo que verdaderamente merece ser objeto de la Poesía.

Estos grandes bloques temáticos no están delimitados; es frecuente que poemas de uno u otro tema se entremezclen, pero sí que se puede intuir esa «evolución psicológica», que puede tener su justificación en la forma de «diario íntimo» que estructura la obra y le da unidad: la cólera, la indignación, la rabia de los primeros poemas tal vez obedezcan a la situación injusta de destierro que está sufriendo su autor. A medida que va pasando el tiempo estos sentimientos se van mitigando y derivan en sonetos de significado más universal y abstracto, una vez que el autor parece asumir su situación y pasa a convertirse en «modelo» de hombre agónico, social y espiritualmente.

Ya hemos apuntado los temas que encontramos en la obra; pero dadas las limitaciones de espacio, nos centraremos en el que denominaremos, «la comunión con la Naturaleza: Fuerteventura y el mar»; no obstante, conviene señalar que en un mismo poema podemos encontrar fundidos varios aspectos temáticos.

2. LA COMUNIÓN CON LA NATURALEZA

2.1. FUERTEVENTURA

La línea intimista de la poesía de Unamuno también se ve reflejada en la imagen que en esta obra se nos ofrece de Fuerteventura. Ésta no se nos revela desde un punto de vista objetivo, es el «alma» de la isla la que queda desentrañada y con la que se identifica el «alma» del poeta: el abandono, la aridez, la soledad que envuelven a la isla son las mismas que siente el poeta en su destierro. Sin embargo, estas impresiones quedarán superadas por el significado trascendental que se otorga a este pedazo de tierra que, fundido con el cielo y el mar, simbolizará, más allá de la materialidad, la otra realidad oculta, la eternidad de lo concreto. La isla es la imagen de lo eterno, de lo espiritual, de lo intrahistórico; en definitiva, de la Naturaleza que acoge y consuela al poeta en su agonía.

Si es evidente el significado espiritual de Fuerteventura, también hay que reseñar su significado social: la visión que se nos ofrece de la isla, como veremos, se revelará también como imagen de una desespe-

ranzada España y de un autor sumido en la nostalgia y el dolor por la patria perdida.

El tono de estos sonetos es más reposado, más sereno y más intimista que el que advertimos en aquellos de carácter más combativo; en ellos el lirismo se tiñe de melancolía y el tiempo parece detenerse intentando apresar lo eterno, lo esencial, lo intrahistórico encarnado en la Naturaleza de la isla. Fuerteventura y el mar aparecen como el sendero que conduce al autor a su yo más íntimo: la isla, el mar y Unamuno se funden en una misma realidad.

Este cielo una palma de tu mano,
Señor, que me protege de la muerte
del alma, y la otra palma este de Fuerte-
ventura sosegado y fiel océano.

Porque es aquí, Señor, donde me gano
contigo y logro la más alta suerte
que es no ya conocerte, sino serte,
ser por ti de mi vida soberano.

Uno de los rasgos fundamentales de toda la obra de Unamuno es el aliento vital, la humanidad que se desprende de cada una de sus páginas y que encontramos también en esta obra que comentamos. Todo en ella es vida, lucha, agonía. Por eso también Fuerteventura se nos presenta como un ser que lucha por sobrevivir en un medio hostil; es la misma lucha que da sentido a la vida de Unamuno y que le hace sentirse en comunión con la Naturaleza, sentir que forma parte de la misma. Las palabras de Concha Zardoya en *Poesía española del siglo XX* nos ayudarán a entender mejor esto:

«Esta ‘humanación’ del contorno exterior se logra en su poesía de un modo natural, jamás rebuscado, porque Unamuno siente que el Universo rodea y ciñe su corazón, que es y existe con él, que aspira como él a la eternidad. Y por vía cordial se hace sangre de su espíritu. Y en tal visión humanante del cosmos, Unamuno funde libremente razón, fantasía y sentimiento, metafísica y poesía, dándose en ella todo entero. Y afirma que el poeta, si lo es de verdad, no da conceptos ni formas, sino que se da a sí mismo».

Así, en el elogio que en el soneto VIII hace de la isla, «sufrida y descarnada cual camello», ésta aparece como contrapunto simbólico de una realidad, la de España, de la que reniega el autor y en la que:

... un déspota vil ha puesto el sello
de la loca barbarie en que se ufana.

Sin embargo, en el último terceto se advierte que esa circunstancia histórica, queda trascendida por la ‘humanación’ de Fuerteventura y la mar «compasiva» para alcanzar una «realidad» intrahistórica y espiritual y, por ello mismo, más esperanzada:

Mar que sana
con su grave sonrisa más que humana (...)

Roca sedienta al sol, Fuerteventura,(...)

(...) pues del limpio caudal de tu pobreza
para su España celestial y pura
te ha de sacar mi espíritu riqueza.

La isla es el vehículo a través del que Unamuno refleja su angustia vital y existencial; incluso en aquellos sonetos en que se nos ofrece una «aparente» descripción objetiva del paisaje y de las gentes de la isla. En el soneto XVI es estremecedora la imagen de dureza y sequedad del paisaje, así como de la pobreza material en que viven las personas y los animales; esta imagen conduce a una realidad estática, casi muerta, de la cual parece imposible escapar:

Ruina de volcán esta montaña
por la sed descarnada y tan desnuda,
que la desolación contempla muda
de esta isla sufrida y ermitaña. (...)

arraigado en las piedras, gris y enjuto,
como pasó el abuelo pasa el nieto
sin hojas, dando solo flor y fruto.

Sin saber cómo, el poema ha ido envolviéndonos en una melancolía que deriva de la desolación, del sufrimiento y de la piedad con que queda retratada la isla. La subjetividad se ha adueñado de la realidad, por eso los elementos naturales aparecen humanizados («mar piadosa», «isla sufrida y ermitaña»); todas las referencias forman parte de una realidad más absoluta y más espiritual, de una realidad concreta que se intuye como eternidad.

Este acercamiento un tanto desolador y desesperanzado también se puede advertir en el soneto XXII donde se alude a una realidad objetiva que condiciona la existencia material en la isla: la sequía. La aridez y la miseria de Fuerteventura son debidas a la escasez de agua de la que, paradójicamente, está rodeada; por eso ésta se convierte en símbolo de vida («¿para qué tierra, si les falta el agua?»); sin embargo, esta vida aparece aquí solo como un deseo, un grito frustrado hacia Dios («no hay que esperar que Dios milagros obre») que no escucha a esta «gente pobre». La realidad objetiva de la que parte el soneto ha quedado superada por otra: la «injusticia cósmica» o quizá la «injusticia divina» que condiciona dolorosamente la existencia humana.

El cielo y el mar que rodean Fuerteventura, símbolos de la paz, del sosiego, conducen también a una eternidad anhelada por el autor y en la cual espera fundirse con Dios; necesita ser por sí mismo y en sí mismo, ser eternamente, y a través de los elementos de la Naturaleza que envuelven la isla, en comunión con ella, sueña poder conseguirlo.

En el poema XVIII, de fuerte cariz filosófico, podemos leer:

Este cielo una palma de tu mano,
 Señor, que me protege de la muerte,
 del alma, y la otra palma este de Fuerte-
 ventura sosegado y fiel océano.

En ocasiones sentimos más cercana a Fuerteventura cuando Unamuno nos la muestra, no como medio para hablar de los grandes temas que le preocupan (situación de España, problemas filosóficos...), sino desde la proximidad que supone la realidad de sus pueblos y de sus gentes. Ya se ha señalado que en el autor estos dos puntos de vista

son imposibles de separar, pero en algunos de los sonetos se advierte un tratamiento más lírico, más intimista en la descripción de la isla. En este sentido es muy significativo el soneto XLIV, dedicado a Betancuria, un pueblecito de Fuerteventura, retratado, a través de unas breves pinceladas, con una delicadeza que pone de relieve el profundo amor del poeta hacia el pueblo y, en definitiva, hacia la isla de la que aquel es imagen. El poeta se sirve de una serie de elementos tomados de la realidad (la blancura de las casas, la majorera, la desnuda montaña, el camello que busca entre las piedras la aulaga, el geranio) para hacernos sentir el silencio, la pobreza y la amargura en que vive anclado el pueblo (su paisaje y su gente) y que nos ofrecen una imagen imprecisa, sugerente, pero real, en la que «el geranio» aporta la nota de color que «nuestra pena apaga». Ni siquiera de estos sonetos más descriptivos y, aparentemente, más impersonales, puede estar ausente el autor («nuestra») quien, como los majoreros, encuentra consuelo a su dolor en la nota de color:

Enjalbegada tumba es Betancuria,
donde la vida como acaba empieza,
tránsito lento a que el mortal se aveza
lejos del tiempo y de su injuria.

Si en el soneto comentado anteriormente la realidad hacía referencia a un pueblo de Fuerteventura y a su entorno, en el número LX, probablemente el soneto más poético del libro, aquella queda mucho más restringida: la palmera y el sol se convierten, a través del enamoramiento que parece describirse entre ambos, en emblemas de la isla. Al poeta le bastan esos dos elementos para sugerir toda la grandeza que se refleja en este pedazo de tierra: la fuerza del sol y de la luz, la aridez del yermo, el orgullo, el anhelo de alcanzar el cielo... A pesar de que formalmente no se halla presente el autor, también aquí intuimos su presencia, pues la palmera y el sol se convierten en símbolos de los temas recurrentes del autor: el deseo de la palmera de alcanzar al «padre Sol» en «luz cuajada en ofrenda de amor» parece esconder el ansia de Unamuno de lograr la eternidad. Quizá, si hacemos un paralelismo simbólico, la palmera represente al poeta que anhela fundirse con Dios, el padre Sol:

Es una antorcha al aire esta palmera,

verde llama que busca al sol desnudo
para beberle sangre; en cada nudo
de su tronco cuajó una primavera. (...)

La sangre de un volcán que enamorada
del padre Sol se revistió de anhelo
y se ofrece, columna, a su morada.

En el poema anterior quedan reflejados la admiración y el amor que el autor siente hacia la isla de un modo indirecto, intuitivo, a través de algunos de los elementos que la representan; en otros, en cambio, esos sentimientos quedan expuestos de un modo más claro, directo, incluso exaltado, sobre todo cuando están teñidos de nostalgia. Así ocurre con el soneto LXV en el que Fuerteventura se nos muestra desde una perspectiva más existencial; el poeta, a través de la isla, ha encontrado la paz, histórica y espiritual, en la que «la cruel historia» lo tenía sumido:

(...) Un oasis me fuiste, isla bendita;
la civilización es un desierto
donde la fe con la verdad se irrita.

Cuando llegué a tu roca llegué a puerto
y esperándome allí a la última cita
sobre tu mar vi el cielo todo abierto.

Este poema, de fuerte tinte filosófico, muestra lo que apuntábamos al principio: Unamuno, progresivamente, va sintiendo y viviendo la isla, se percibe una simbiosis entre ambos; la naturaleza, de la que aquella es símbolo, aparece como el único camino para lograr, aunque sea solo parcialmente, el cese de su agonía vital; la humanación de la que la isla es objeto al presentarla como un interlocutor, acentúa el carácter personal e íntimo del soneto, al mismo tiempo que refleja la tendencia a incrementar la presencia del sujeto en detrimento del objeto como elemento humanizante.

En la introducción a la segunda parte de la obra escribe Unamuno:

«Fuerteventura me ha acompañado a París; es aquí, en París, donde

he digerido a Fuerteventura y con ella lo más íntimo, lo más entrañado de España, que la bendita isla fuerteventurosa simboliza y concentra. Aquí en París, donde no hay montaña, ni páramo, ni mar, aquí he madurado la experiencia religiosa y patriótica de Fuerteventura».

La isla ha calado profundamente en el alma del poeta, alejado de ella. Esta comunión, que es notoria desde el primer momento, se incrementa en la distancia; la lejanía física de Fuerteventura cubre a estos sonetos de una pátina de nostalgia, incluso de amargura, especialmente cuando añora la paz que gozó en la isla y que no ha vuelto a recuperar. No podía ser de otro modo: en el primer soneto escrito desde París, el LXVII, Fuerteventura, desde el recuerdo, aparece como símbolo de la paz, del sueño, de la luz y de la esperanza perdidos y añorados desde un presente angustioso y apremiante del cual es imposible escapar. Si la isla, en el pasado, representa la liberación, París, desde el presente, es símbolo de la zozobra que invade al autor, por eso aquélla se convierte en «flor», en medio del sufrimiento («yermo») de la ciudad:

Te alzas enjuta como flor de cardo,
flor que es un hito en el confín del yermo,
día tras día de esperanzas mermo,
se hace mi paso cada vez más más tarde.

La mirada humanizadora de Unamuno va más allá: España se convierte en objeto de su lamento y la isla («flor que es un hito en el confín del yermo») encarna, el consuelo, la luz, en medio del ocaso en que muere España. A diferencia de otros sonetos que tratan el tema de España, y que tienen un carácter más combativo, en éste el autor parece cansado de luchar, un poco resignado al destino trágico que el último terceto parece augurar:

Eres mi luna ya, Fuerteventura
gigante espejo del gigante ocaso
del sol de España en su postrer postura;

Como apuntamos más arriba, a medida que avanzamos en la obra, la rabia y la indignación van siendo sustituidas por un sentimiento de relativa aceptación del destino; el tono combativo, que no llega a des-

aparecer, queda mermado; a veces da la impresión de que Unamuno se ha cansado de luchar, el largo destierro ha calado en su alma y la nostalgia de las «tierras perdidas», España y Fuerteventura, conduce a una progresiva y melancólica ensoñación de las mismas. Así leemos en el soneto LXX:

Caído desde el cielo aquí me aburro
 –y cielo era la mar, junto al desierto–
 con este marco el cielo es cielo muerto,
 no oigo de Dios el inmortal susurro.

Y solo a través de ese proceso de idealización de la isla, el poeta puede decir:

¡Discurrir! ¡Cuántas tardes la amargura
 del hondón de la historia de mi España
 me endulzaste en tu mar, Fuerteventura!

Toda la referencia objetiva que aparece en la obra de Unamuno es una reinterpretación subjetiva de la realidad como se intuye en muchos sonetos y también en éste. La descripción física de la isla se ha limitado al máximo, no importa destacar los detalles de ese paisaje porque aquella se ha convertido en el universo («cielo, mar, desierto») espiritual del autor; solo así, en comunión con este universo agonizante, puede expresar sus inquietudes filosóficas y sociológicas ya que la soledad, la austeridad, la ensoñación, la espiritualidad que definen a Fuerteventura, son las mismas que siente el autor. La isla ciñe y rodea su corazón, que existe por ella y que, como él, aspira a la eternidad:

¡Cuántas me derretiste inmunda saña
 metiendo la evangélica dulzura
 de tu higo de secano hasta mi entraña!

En esta misma línea se halla el soneto LXXIII en el que Fuerteventura es revivida desde la añoranza como consuelo espiritual del poeta; en él han desaparecido las referencias a realidades cercanas y concretas (camello, flor, casa...) y han sido sustituidas por otras como «roca, sol,

Océano», que otorgan al poema un significado más universal y espiritual; parece como si en la distancia Unamuno recordara solo lo que considera símbolo de lo esencial, lo perdurable, lo eterno; la isla se ha convertido en pilar firme en que apoyar las contradicciones que envuelven, desde París, la existencia presente del autor:

Con tal recuerdo mi esperanza cunco
sostiéneme en este camino vano
y alimenta a mi espíritu en su ayuno.

Como podemos ver a través de estos últimos y breves comentarios, la imagen que de Fuerteventura se nos ofrece se va idealizando progresivamente, a medida que, como anteriormente apuntamos, la presencia del sujeto se va acentuando en la misma medida en que la imagen del objeto, Fuerteventura, se va diluyendo, aunque no desapareciendo; desde la distancia espacial y temporal la visión de la isla va quedando envuelta en una nebulosa que impide percibir su realidad física; ésta permanece oculta y cuando, brevemente, la muestra, su significado real parece haberse difuminado: la roca, el sol, el mar se convierten en símbolos de los anhelos y las inquietudes de Unamuno. Es, pues, evidente el proceso de interiorización y de espiritualización a través del cual la isla se nos ofrece. Como síntesis y un buen ejemplo de todo lo expuesto podemos leer el soneto LXXV:

Isla de libertad, bendita rada
de mis vagabundeos de marino
quijote, sentí, ¿orden del sino?,
cómo la libertad se encuentra aislada.

Aislamiento feliz que es la alborada
de la liberación de su destino,
que así la pobre irá por donde vino
hasta su cuna, su postrer morada.

Libertad, libertad, isla desierta,
conciencia de la ley, que es servidumbre,
tú no eres casa, no eres más que puerta;

mas por la puerta entra de Dios la lumbre
dentro de la casa y nos mantiene alerta,
no nos rindamos a la vil costumbre.

2.2. EL MAR

Es otro de los grandes temas de la obra, íntimamente enlazado con el anterior. En el prólogo a la obra escribe Unamuno:

«Usted, su venerable padre Don José, sus hermanos, (...) los amigos todos de la inolvidable tertulia cara a la mar que sonrío a nuestras flaquezas, ustedes saben todo lo que ahí viví».

Más adelante, al señalar el origen de estos sonetos añade:

«Y algunos (son hijos) del descubrimiento que hice ahí, en Fuerteventura, donde descubrí la mar. Y eso que nací y me crié muy cerca de ella».

Pero Unamuno ya había descubierto el mar y toda su riqueza poética, como podemos ver a través de las palabras de Concha Zardoya:

«Nuestro poeta se olvidaba de que había escrito en 1910 su letanía al mar titulada «El poema del mar», en el que éste ya aparece humanado y convertido en «madre» del hombre. Madre que briza nuestro sueño, que nos cuenta «recuerdos de aquel tiempo en que no era el hombre»; que ciñe a la tierra con su pecho y en el que junta a todos los humanos en «santa compañía», pues sus senderos son «de hermandad caminos». El mar ha sido cuna de la vida y Unamuno desea que sea «nuestro sepulcro»: «en el santo silencio de tu pecho/acógenos, madre». Para el poeta la eterna juventud del mar «es prenda de vida sin muerte», prueba de inmortalidad».

También en *De Fuerteventura ...* Unamuno se acerca al mar desde su más profunda interioridad; el misterio que incesantemente las olas le susurran es el mismo que trata de descifrar el poeta en su agonía existencial; aunque sabe que es un intento fallido, nunca cesará en esa búsqueda, que da sentido trágico a su existencia, del mismo modo que el mar jamás suspenderá su eterno movimiento.

Desde el destierro el poeta contempla el mar de un modo apasionado, vivencial, personal, tratando de desentrañar los secretos que oculta. Ya hemos apuntado que la comunión con la Naturaleza se refleja en la «humanación» de sus elementos, por eso el mar es femenino, es la madre que consuela y que le hace exclamar en el soneto VIII:

en tu mar compasiva vi el destello
del sino de mi patria! Mar que sana

con su grave sonrisa más que humana

Como la isla, la mar es el interlocutor con el que dialoga acerca de la realidad. Así en el soneto IX la visión que se nos ofrece de España es realmente atroz; a diferencia de otros poemas donde la sátira giraba en torno a los gobernantes, en éste se nos muestra una imagen del pueblo español «envilecida por la envidia», lo que provoca un profundo sentimiento de dolor en el poeta. Ante este desolador panorama se refugia en el mar que aparece como el «sanador» de las heridas del alma porque le cura del «miedo» que le produce la visión de esta «noche» de España. Frente a esta noche, el mar representa la luz porque:

nace en ti el sol y con rosado dedo
toca mi frente por tu amor curtida.

Y gracias al mar el poeta puede escapar de esa realidad y decir:

y yo, curado de la noche el miedo
despierto al sueño que es mi noble vida.

La imagen del mar ha quedado interiorizada; a través de su humanización se ha desnudado el alma del autor, quien nos ha mostrado sus miedos y sus angustias que solo encuentran consuelo en la contemplación del mar; pero el mar no solo le alivia de los problemas sociales, es también el sanador de sus angustias existenciales porque incluso en estos sonetos de «mayor significado social», el mar se ofrece como vehículo para «sugerir» cuestiones filosóficas; así puede verse en el último verso. Una vez más comprobamos que es imposible establecer una diferenciación temática

en los poemas; en cada uno de ellos advertimos la única realidad social y existencial que vive el autor; no obstante, cabe señalar que en algunos sonetos predomina más un aspecto u otro.

En esta misma línea, en el soneto XXIII el mar despierta la conciencia social de Unamuno; este poema gira en torno a dos polos antitéticos: el mar y España. El primero representa la paz, el sosiego, el sueño que anhela el autor; es casi un dios a través de cuya voz («susurro, oración») sueña que recupera la fe, la ilusión de creer que también sus palabras, su obra, pueden servir para acabar con la « España escarnecida». El mar le induce a gritar, a consagrar su vida a acabar con el silencio de España, el «mar de piedra» que «al callar olvida».

Es tu oración sin fin canto sublime,
me traes, trayendo fe, las horas lentas
que me trillan el alma y luego avientas
mi grano con tu brisa que redime.

Si en el poema anterior el mar da fuerza al autor para luchar y despertar la conciencia social, en otros, como en el XXVII, le sirve de confidente, es el amigo ante el que desahoga su tristeza y su nostalgia, su anhelo de paz y de «olvido», cansado pero no vencido, de esta lucha que da sentido a su obra y a su vida.

Olas que sois ensueños del Océano,
y en cuya vista mi morriña anego,
lavad meciendo mi pasión, os ruego,
mas sin abrimme el misterioso arcano.

Ya hemos apuntado que en los sonetos anteriores el mar está, relativamente, ligado al contenido social de los mismos; en otros, en cambio, el significado espiritual, que se va intensificando a medida que avanzamos en la obra, se hace más evidente. Así, en varios poemas, partiendo de una realidad personal, más o menos concreta, se expresa el anhelo de eternidad a través de la fusión con el mar. En el XXXI, la contemplación del mar esperando un barco que le lleve a París, le invita a plasmar en versos (las olas «son sonetos de la mar») su comunión con el océano y su deseo de permanecer, como el mar, aunque todo cambie. Ya conocemos el sentimiento contradictorio que da sentido a la vida de Unamuno; por

eso, a pesar del cansancio que implica vivir en permanente agonía, y del anhelo de evasión, el poeta nunca dejará de luchar:

pasan las obras, pasan las naciones,

queda la mar, guardando sus secretos;
calma su espuma nuestros corazones
cansados podrá ser, mas nunca quietos.

Como ya advertimos al tratar de Fuerteventura, también cuando se identifica con «la mar», se produce un proceso de espiritualización en el que, como apunta en el comentario al soneto XXXII, llega a «una comunión mística con ella, donde he sorbido su alma y su doctrina»:

Ya como a propia esposa al fin te abrazo,
¡oh mar desnuda, corazón del mundo,
y en tu eterna visión todo me hundo
y en ella esperaré mi último plazo!

El anhelo místico lo hallamos también en el soneto XXXIV, uno de los más profundos del libro. La noche y el mar se humanizan para mantener una relación de dos amantes apasionados que aparece descrita de un modo muy sugerente: se ciñen, se besan, se derriten en un abrazo. Pero este amor apasionado no se da solo entre los dos amantes, inunda todo el universo (las estrellas) y también envuelve el alma contemplativa del poeta que queda enredada en el deseo de unidad absoluta, de identificación con Dios.

La mar ciñe a la noche en su regazo,
y la noche a la mar, la luna, ausente;
se besan en los ojos y en la frente;
los besos dejan misterioso trazo.

Derrítense después en un abrazo,
tiritan las estrellas con ardiente
pasión de mero amor y el alma siente
que noche y mar la enredan en su lazo.

Y en ese estado de éxtasis, de nuevo el contraste: en «la oscura lejanía» el alma cree encontrar el germen eterno «de su origen/cuando con ella Dios amanecía»; solo en ese estado se acerca al sentir primigenio del tiempo en que Religión, Filosofía y Poesía eran una misma realidad. Y ahora, al volver los ojos hacia el mundo, constata que las leyes establecidas por los hombres («necios») para «regir» la sociedad no explican el sentido de la vida o el misterio de Dios, que solo puede ser vivido por la «piedad del alma», no sujeta a leyes. Por desgracia, este anhelo de espiritualidad no está inscrito en las «leyes que son las que nos rigen».

No es necesario insistir en que para Unamuno el mar, el cielo, la noche, las estrellas, toda la Creación, de la que también forma parte el hombre, es una sola realidad. Por eso la Naturaleza puede reír, hablar, soñar, amar, besar, y ser guía de la vida del ser humano. En el soneto XXXV el horizonte expresa la unidad del universo pues en él se funden cielo y mar; la visión extática de esta «raya celeste de la mar serena» justifica su ansia de eternidad porque ella es la palabra original

la que nunca se tuerce ni resiente,
la que mide los cielos sonriente
y a nivel de razón al mundo ordena.

Es Dios quien habla a través de la creación, el interlocutor de Unamuno. Podemos comprender a través del poema el profundo poder de la palabra como medio de creación.

En otros poemas (XLVII), tras negar el hastío vital como forma de vida, clama al mar que se halla en continua «sacudida», y que simboliza el deseo de plenitud, de vida, de lucha eterna:

¡La mar, la mar, la mar! Amar la vida
y amamantarse de la lucha eterna
sentir el mimo de su sacudida.

De nuevo, la necesidad absoluta de espiritualización y comunión con la Naturaleza podemos verla a través de los versos del soneto XLVIII:

«¡Mar!» es el sino que sella mi suerte,
mar que entre luces te escondes y celas
nunca en el cielo deje yo de verte.

En los sonetos comprendidos entre los números L y LIII el mar aparece casi como un ser divino capaz de subyugar, de modo inevitable, al autor; pero el mar, al mismo tiempo que divino, es profundamente humano, por eso se convierte en el interlocutor del poeta, y, en nombre de él, de todos los hombres. A través de un lenguaje profundamente metafórico, aquel aparece como vehículo para expresar las grandes inquietudes filosóficas y existenciales que preocupan al poeta.

El mar es la madre consoladora que con «insondables ternezas» nos mece en su regazo y nos tranquiliza; si la tierra es símbolo de sufrimiento porque en ella, dice el autor, que «duda» y «suda», el mar encarna la paz espiritual pues es «del Señor escudo» y «pulso del mundo»; pero el mar es también lo eterno, lo inmutable, lo intrahistórico. Así, en el soneto L, la eternidad del mar queda reflejada cuando, refiriéndose al mar, dice del mundo:

de su augusta niñez guardas memoria
y tu cantar, preñado del olvido,
descúbrenos el fondo de la historia.

El poema LI no es nada más que una prolongación del anterior; escritos, probablemente, uno a continuación del otro, ponen de relieve la imposibilidad de expresar en un solo poema la profunda significación vital y espiritual que para Unamuno posee el mar. En estos poemas y en los siguientes se intuye la necesidad de desahogo, que no se manifiesta a través de la rabia o el sarcasmo, como se ve en los primeros poemas de la obra, sino a través de una creciente abstracción en los temas que reflejan el profundo malestar existencial del autor; la expresión del mismo se evidencia a través de un prolongado diálogo con el mar que pasa a ser su mejor interlocutor, el «alter ego» del poeta, que sueña con la verdadera «realidad».

En pocos poemas como en el LI se refleja con tanta vehemencia un «sí» al mar como símbolo de la vida; el mar es música que «a soñar ayuda», que da «aliento / al alma que en sus olas se desnuda», es también «sangre redentora» y es eternidad:

sangre que es vino en la celeste mesa;
los siglos son en ti una misma hora
y es esta hora de los siglos huesa.

Como señala A. Suárez Miramón,

«el mar incluye el símbolo de vida, de muerte y resurrección. Adquiere así un sentido espiritual la Naturaleza, resultado del proceso de humanación que se observa en su poesía. Ya desde libros anteriores el femenino aplicado al mar lleva implícito el sentido de vida; aquí ésta ya es vida material y espiritual».

En el soneto LII volvemos a encontrar al mar como el interlocutor ante el que el poeta expresa la angustia que le provoca la sinrazón de la vida humana, que está abocada a la muerte; solo oyendo la voz del mar «que cantando gime», aquel siente, por un lado, el consuelo de tener que nacer para morir pero, por otro, la certeza de esa muerte abocada a la nada; por eso Unamuno expresa su deseo y su miedo de saber lo que dice el mar:

¡Dime qué dices, mar, qué dices, dime!
 Pero no me lo digas; tus cantares
 son en el coro de tus varios mares
 una voz sola que cantando gime.

En el último soneto de este grupo (LIII) dedicado al mar, se acentúa la visión trascendental de la Naturaleza que permite al alma, «lágrima de las olas gemebundas», fundirse con el cielo, el mar y las estrellas en un mismo anhelo de eternidad. La exaltación de la Naturaleza que se hace en los dos primeros cuartetos acentúa la agonía del alma humana:

Como en concha sutil perla perdida,
 lágrima de las olas gemebundas,
 entre el cielo y la mar sobrecogida

 el alma cuaja luces moribundas
 y recoge en el lecho de su vida
 el poso de sus penas más profundas.

Es significativo el valor universal del poema que se desprende de la ausencia de diálogo y de la no presencia del autor; sin embargo, su

profundo lirismo y la melancolía final del mismo hacen de éste uno de los sonetos más íntimos y representativos de esta obra.

Pero el mar no es solo consuelo de angustias existenciales; las olas también le consuelan de la nostalgia que le causa el paso del tiempo y la lejanía de su tierra natal. El mar es el puente que le une a su pasado, que le lleva a su infancia de la que añora la inocencia, la pureza y la ingenuidad de la que parece hablarle el mar; así podemos advertirlo en el soneto XL:

¿Cuál de vosotras, olas del olvido,
trae acá los zortzicos danzarines
de los regatos de mi dulce nido?

En otros momentos, a través del océano, Unamuno revive la osadía y la grandeza de su pueblo vasco (XLIX); el mar es eternidad porque identifica pasado y presente, cielo y tierra en el alma del autor, porque :

cunada en el sosiego de esta playa,
os sueña con morriña el alma mía.

En el soneto XLI, curiosamente fechado el mismo día que el anterior, la melancolía que el mar le susurra se convierte en lamento de una realidad, la de España, que le duele en el alma:

«Del fiero golfo de Vizcaya llego»,
me canta una ola y a mis pies parece
y con su canto de agonía mece,
Dios mío, esta zozobra en que me anego.

El mar es también un amigo que comparte las penas del autor, que sufre con él (LVIII): «y tus quejidos/añaden a los míos pesadumbre». Desde París, la nostalgia intensifica la visión espiritual del mar. En el comentario al poema LXXIII dice Unamuno:

«Lo que más echo de menos aquí, en París, es la visión de la mar. De la mar que me ha enseñado otra cara de Dios y otra cara de España, de la mar que ha dado nuevas raíces a mi cristiandad y a mi españolidad».

Desde el recuerdo, Unamuno revive la comunión con la Naturaleza, con Fuerteventura y el mar, en una visión extática que le reconforta y que refleja la profunda huella que la experiencia del exilio ha dejado en su obra y en su alma:

¡Oh, mar salada, celestial dulzura
que embalsamaste mi esperanza loca,
me sube a los ojos y a la boca
cuando revive en mí Fuerteventura!

Espero aún, ya que mi fe perdura
fraguada allí sobre su roca, roca;
el sol eterno con su luz la toca;
de todo frágil barro la depura.

Colmo de libertad, frente al Océano,
donde la mar y el cielo se hacen uno
sobre mi frente Dios pasó la mano;

con tal recuerdo mi esperanza vana cunco
sostiéneme en este camino vano
y alimenta a mi espíritu en su ayuno.

BIBLIOGRAFÍA

- SUÁREZ MIRAMÓN, Ana: *Miguel de Unamuno, Poesías completas*.
3 vols, Madrid, Alianza, 1987-1988.
- ZARDOYA, Concha: *Poesía española del siglo XX*. Gredos, 1974.